

RIVERO, Miguel Ángel. *El viaje interior, Miguel de Unamuno*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2021, 333 pp. ISBN: 9788418546167

«Miguel de Unamuno (1864-1936) ocupa un lugar excepcional en la literatura de viajes cultivada en España entre finales del siglo XIX y comienzos del XX» (11). Con esta sentencia inicia Miguel Ángel Rivero su obra *El viaje interior, Miguel de Unamuno* publicada por la editorial Biblioteca Nueva en 2021. La sentencia podrá parecer baladí para quien esté familiarizado con la importancia que suscitó la práctica del viaje y su ineludible experiencia con el paisaje en la Generación de fin de siglo –como gusta llamar el autor a la Generación del 98–. Sin embargo, basta con revisar la literatura especializada en el filósofo o recorrer los escaparates dedicados a su obra para notar una falta de interés respecto a su producción viajera. A contrarrestar esta laguna aspira Miguel Ángel Rivero con este libro, que ofrece una nueva antología de los escritos de viajes que Unamuno reunió a lo largo de cuatro libros publicados en vida y el más de un centenar de artículos desperdigados entre diarios y revistas. El resultado es una reveladora compilación que reivindica el valor de estos escritos e invita al lector a «conocer la biografía del pensador vasco desde otro perfil, a partir de su vocación viajera y su hondo sentimiento de la Naturaleza» (11).

El libro cuenta con una extensa introducción, dividida en cinco apartados, en la que Rivero expone el itinerario intelectual que desarrolló Miguel de Unamuno a partir de su afición viajera y, por consiguiente, el carácter reflexivo, filo-

sófico y poético que le sugirió al filósofo la contemplación del paisaje en sus numerosos recorridos. La discusión acerca de estos temas se abre con una exposición sobre el pensamiento de Unamuno y su particular filosofía del conflicto. Rivero sostiene que la filosofía de Unamuno alcanza un estado de madurez cuando el pensador vasco acepta el carácter contradictorio de la existencia humana y se instala en el conflicto como posicionamiento filosófico. De aquí surge su filosofía trágica, aquella en la que Unamuno enfatiza que lo realmente infausto para el hombre es saberse caduco, destinado a regresar a la Nada original después de la muerte. Las repercusiones filosóficas de este conflicto son inmensas y el filósofo no tardó en ser reconocido (y, en cierta manera, reducido) por su faceta de pensador trágico. Aun así, Unamuno mostró otra cara de su personalidad con los escritos sobre paisajes; una en la que el filósofo aparece más sereno y en la que el conflicto parece aminorarse a través del sentimiento de la naturaleza. A aquel Unamuno agónico, más cercano a lo trágico de la vida, se contraponen este Unamuno contemplativo, que busca refugio espiritual en el medio natural a fin de suspender la agonía interior y detener por un instante la tragedia temporal que nos conduce a la Nada.

Antes de exponer los puntos centrales de la teoría del viaje desarrollada por el Unamuno contemplativo, Rivero se detiene en una pertinente contextualización centrada en la literatura de viajes y la pintura de paisajes en España entre los siglos XIX y XX. Es preciso destacar de este apartado la contribución de los intelectuales y artistas españoles de la época por desplazar el mito de la *España pinto-*

*resca*, originado en gran medida por los viajeros románticos, hacia el mito de la *España negra*. Para esto último fue fundamental el libro precisamente titulado *España Negra* (1920), obra del poeta belga Émile Verhaeren y del pintor español Darío de Regoyos, en el que recogen las impresiones de un viaje que realizaron por España en 1888. Señala Rivero que durante el viaje el escritor belga «abrió los ojos al pintor sobre aquella España fúnebre y resignada, donde la religión, lo negro y la muerte llenaban toda la atmósfera» (29). Convertido en un referente para la literatura de viajes de la época, el libro significó una ruptura con el mito de lo pintoresco, que ahora se veía superado por un culto a la tragedia y que encontró su mejor expresión en Castilla. Esto permitió, entre otras cosas que refiere Rivero, superar la atracción por el exotismo del paisaje español de herencia musulmana (Andalucía, principalmente), desarrollar una sensibilidad de carácter subjetivo con la naturaleza y reafirmar una identidad nacional. Cabe mencionar para el desarrollo de la España negra el extraordinario aporte de los pintores paisajistas, como Aureliano Beruete (1845-1912), Ignacio Zuloaga (1870-1945) o José Gutiérrez Solana (1886-1945), quienes ofrecieron una imagen del país completamente distinta a la brindada por la España pintoresca. Rivero es enfático en señalar que el mito de la España negra repercutió de manera significativa en los escritores españoles de fin de siglo, sobre todo en Unamuno, quien encontró en Castilla un destino único para desarrollar su particular reflexión sobre la naturaleza.

Respecto a los orígenes de la vocación viajera de Unamuno, Rivero re-

salta que la revelación del filósofo por un sentimiento hacia la naturaleza se originó en tierras vascas cuando éste era todavía muy joven. En *Recuerdos de niñez y mocedades* (1908) Unamuno manifiesta su inclinación temprana por las ensoñaciones que le estimulaba la naturaleza, sobre todo las montañas y las salidas al campo de su tierra natal. Sin embargo, fue a partir de un viaje que realizó en 1889 a Francia, Italia y Suiza cuando despertó su verdadera vocación viajera, siendo acrecentada por su llegada a Salamanca en 1891. Una vez asentado en tierras castellanas, Unamuno se entregó de lleno a su afición por el viaje, realizando una multitud de excursiones por la geografía ibérica. Recorrió, entre otros lugares: el entorno de Salamanca, principalmente Castilla y Extremadura; el País Vasco; el extranjero, con especial énfasis en Portugal.

Unamuno encontró en estos viajes un acicate para sus reflexiones filosóficas, desplegando una suerte de teoría del viaje que dejó dispersa entre sus escritos dedicados al desplazamiento. En primer lugar, para el filósofo las incomodidades son requisito de todo viaje auténtico: de preferencia viajar a pie y, en la medida de lo posible, prescindir del automóvil o del ferrocarril. Así también el viaje auténtico debe considerar el carácter remoto o inaccesible del destino que busque alcanzarse. Esto se manifiesta especialmente en «Guadalupe», texto en el que Unamuno narra las vicisitudes que enfrentó junto a dos amigos para llegar al monasterio de esta ciudad dejando asombrados a los pueblerinos por el empeño de los hombres en conseguir la meta: «(...) las gentes sencillas de aquellas tierras no se explicaban las molestias

que soportábamos sino atribuyéndolo a que lo hiciésemos por promesa o votos religiosos» (181). Lo anterior, percibe Unamuno, contrariado por las comodidades y facilidades en las que viaja el turista, personaje que para el filósofo resulta del todo detestable, tal cual apuntó en «Ciudad, campo, paisajes y recuerdos»: «El enemigo de quien viaja por pasión (...) es el que viaja por vanidad o por moda, es ese horrible e insoporrible turista que se fija en el empedrado de las calles, en las mayores o menores comodidades del hotel» (227-228). No obstante, lo que más condena del turista en respuesta a su idea del viaje auténtico, es la fijación de éstos por el destino, por la meta final del viaje. Para Unamuno los turistas erran al estar pendientes tan solo del trayecto final, siendo el desplazamiento el mejor de los aditivos de un verdadero viaje. Otro aspecto del esbozo teórico sobre el viaje en Unamuno, lo constituye la inclinación del escritor vasco por preparar sus viajes a partir de literatura (artística, histórica o científica) del lugar que se disponía a visitar. Esta labor de documentación permitió al filósofo incluir referencias literarias e históricas en sus reflexiones y a su vez, construir una impresión del paisaje visitado a partir de la interpretación personal con anclajes en la historia y la literatura de la que se impregnaba. Ejemplo modélico de lo anterior se encuentra en «La Flecha», texto dedicado a un paraje que solía visitar Fray Luis de León y en el que ambientó su obra *Los nombres de Cristo* (1583). Este hecho literario inspira en Unamuno un sentimiento especial por la naturaleza del lugar, una especie de fusión entre el paisaje y la expresión literaria: «Rompió allí el maestro León

a cantar y allí, más que en otra parte, revivió el espíritu horaciano cantando la descansada vida que huye del mundanal ruido, recogido de la tempestad del mundo en aquel secreto seguro y deleitoso» (140). Más allá de la teoría del viaje, Rivero señala que Unamuno tenía al menos tres propósitos que guiaban su vocación viajera: un acicate para su reflexión filosófica, una fuente de meditación espiritual entre su yo más íntimo y el paisaje y, finalmente, un ejercicio de patriotismo acaecido en la búsqueda por una identidad española.

Con lo anterior a la vista, Rivero distinguió dos dimensiones principales respecto al sentimiento de la naturaleza en Unamuno: una dimensión estética y otra dimensión religioso-artística. Con la primera, el filósofo considera sustancial que el alma humana entre en comunión con la naturaleza. Se trata de un proceso en el cual el ser humano abrigue un estado espiritual desinteresado con el medio natural con el objetivo de percibir lo puramente estético del paisaje que lo rodea. De ahí que figuras como las del campesino le resultasen caducas para su objetivo, pues éste solo ve la naturaleza desde una perspectiva utilitaria, mitigando la sensación estética que debería generar el contacto con el campo. En esa línea escribió Unamuno en «El sentimiento de la fortaleza»:

El sentimiento de la Naturaleza, el amor inteligente, a la vez que cordial, al campo, es uno de los más refinados productos de la civilización y la cultura. El campesino lo ama, pero lo ama (...) utilitariamente. El que tiene que tener su frente encorvada sobre la esteva del arado no es el que mejor pue-

de gozar de la hermosura del campo.  
(206)

Por su parte, la dimensión religioso-artística es la culminación efectiva de un sentimiento estético hacia la naturaleza. Para Unamuno mediante la contemplación estética del medio natural el hombre puede alcanzar un estado con el Todo, un proceso de enajenación y consuelo emocional similar al sentimiento cristiano producido por la fe. Así lo expresó en «Puesta de sol» al distinguir la divinidad que se halla tras un atardecer: «¡Celeste revelación de las entrañas de la belleza misma, del divino esplendor de la pura forma iluminada que informando toscas tinieblas crea mundos!» (150). Rivero señala a este respecto que el filósofo «tendía en ocasiones a saciar su sed de eternidad y su hambre de Dios a través de la naturaleza, ante aquellos paisajes que acercaban a su espíritu a las inmediaciones de Dios (...) siempre partiendo del componente estético de la contemplación» (94). Dicha evocación espiritual con la naturaleza Unamuno la encontró en cuatro principales paisajes

y que puede examinarse en los textos recogidos en la antología: las montañas de su nativo País Vasco; la vasta meseta y las cumbres de Gredos en Castilla; las viejas ciudades de provincia y, finalmente; el mar de las costas atlánticas que divisó en su destierro en Fuerteventura.

En síntesis, *El viaje interior, Miguel de Unamuno* es un libro revelador en tanto brinda una faceta no muy explorada en la literatura del filósofo: su afición a los viajes. Sin pretender ser una guía exhaustiva, la obra recoge los principales escritos de viajes y paisajes que marcaron la vida del escritor vasco. Para su comprensión, la antología de textos se acompaña de un estudio introductorio que profundiza en los puntos centrales de la teoría del viaje que desarrolló Unamuno y que sirven, además, para completar la biografía intelectual del gran filósofo español.

Jorge PINTO ELGUETA

*Universidad de Salamanca*

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8563-9684>